LA CAMPAÑA DEL REFERÉNDUM

Apelación a la sensatez

CARLOS SECO SERRANO

El autor del artículo, después de exponer las razones para el voto afirmativo en el referéndum, basadas en el realismo político, y las razones del negativo, basadas en una *vocación utópica*, analiza y desmonta uno a uno varios de los argumentos utilizados por los partidarios de la abstención.

En la inmensa confusión creada, de una parte, por la *conversión tardía* del Gobierno socialista al *otanismo*, y de otra, por las contradicciones de una oposición que siempre se había manifestado favorable a la OTAN, pero que, al convocarse el referéndum, preconiza el *abstencionismo* —e incluso insinúa su proclividad al *no* ("se lo pide el cuerpo")—, sólo cabe descansar en la idea de que la última palabra la tiene el ciudadano medio. Porque hasta ahora, y desde que se inició la definitiva vía democrática en nuestro país, la pauta de sensatez ha venido dándola la ciudadanía: acudiendo al referéndum que inició la descongelación de la "España cautiva", cuando las izquierdas de la entonces llamada *platajunta* aconsejaban la abstención; votando después soluciones de centro que permitieron una transición consensuada y sin revanchismos; dando paso al socialismo democrático cuando el *centro* dejó de tener sentido. Pero hay que reconocer que esta vez las cosas se le ponen difíciles al que no esté encasillado ya tras un eslogan que le libere de discurrir. Quizá no huelgue, pues, intentar una clarificación sin pretensiones, brindada al hombre libre y de buena fe: esto es, al auténtico *ciudadano*.

Se puede estar, legítimamente, con el *sí* o con el *no*. Renunciando, por supuesto, a confundir una u otra opción con el pacifismo "en exclusiva": tanto los del *sí* como los del *no* son pacifistas por caminos diferentes. Presentar como *belicistas* a los socialdemócratas es un disparate sin pies ni cabeza.

A favor del *sí* jugarían las siguientes razones:

1. Hemos entrado, por fin, en la Comunidad Económica Europea. Estar con los países que la integran y negarse a contribuir a su defensa es, en primer lugar, un contrasentido, y en segundo, una insolidaridad egoísta de corto alcance, que podría asemejarse a un suicidio.

2. Cuanto contribuya a consolidar y robustecer el sistema *defensivo* europeo puede significar, a largo plazo, una emancipación con respecto al actual *valedor* norteamericano. Por el contrario, negarse a ese esfuerzo de seguridad común no nos reportaría —aislados— una *escapatoria* de Estados Unidos, sino una mayor dependencia de su famosa *sombrilla*.

3. Renunciar a nuestra presencia en la OTAN es liquidar, de manera quizá irreparable, la última ocasión histórica que a España se ofrece de tener una proyección internacional, una verdadera *política exterior*. Al cabo de tantas críticas adversas al aislacionismo preconizado en otras épocas del pasado español —aislacionismo juzgado como fallo imperdonable de las viejas *oligarquías* vinculadas a Cánovas del Castillo— no parece muy consecuente volver a las andadas, cuando la decisión está en manos de todos.

Razones para el *no* podrían ser, a su vez, las siguientes:

1. La creencia —basada en una hermosa utopía— de que España puede vivir *exenta*, sin integrarse en la OTAN y sin pactos bilaterales; como una especie de isla de paz angélica que a posibles agresiones responda presentando la otra mejilla (lo que más o menos significaría sustituir tensión por *cooperación* en determinados conflictos diplomáticos previsibles).

2. La fidelidad a un primitivo programa identificado con el PSOE, y al que éste ha renunciado demasiado tardíamente. (¿Se equivocó antes? ¿Se ha equivocado después?)

3. La franca preferencia por el Pacto de Varsovia como alternativa a la OTAN: en muchos comunistas conscientes, tal es la aspiración *in péctore*, aunque convenga enmascararla con el famoso *neutralismo*.

Son, las tres razones para el *sí*, y las tres razones para el *no*, argumentos firmes esgrimidos ante el ciudadano. Los del *sí* parecen más afirmados en el suelo material que todos pisamos. Los del *no* se definen mucho más claramente en la *vocación utópica;* pero es sabido que las utopías han movido montañas.

Ahora bien, ¿qué significa el *tercer camino*, el de *la abstención?* Por lo pronto, un *supuesto* inexacto: que "el referéndum afecta sólo al PSOE". Manuel Fraga lo ha expresado de forma muy gráfica: "Si a un señor se le ocurre jugar a la *ruleta rusa*, y aunque se le trate de disuadir por todos los medios se obstina en ello, no cabe más que dejarle hacer y *lavarse las manos*". Pero tal símil es inaceptable por dos razones muy sencillas. En primer lugar, porque en este caso el fallo de la *ruleta rusa* no afectaría solamente a "aquel señor obcecado", sino a toda la concurrencia —es decir, no sólo al PSOE, sino a *todos los españoles*—. Y en segundo lugar —y sobre todo—, porque la *irracionalidad* o la *demencia* de la *ruleta rusa* no tiene nada que ver con la apelación, perfectamente racional y cuerda, al referéndum acerca de cuestión tan fundamental para el presente y el futuro de España. Acaba de decirlo una gran autoridad en derecho político, que por lo demás no está vinculado a ningún partido concreto —Carlos Ollero—: "Se ha dicho y repetido que cuando existe acuerdo parlamentario en una cuestión, constituye un menosprecio innecesario a la representación popular convocar consulta directa sobre el mismo tema. Entiendo que tal postura no tiene justificación doctrinal ni constitucional... Impugnar en general y por principio el referéndum basándose en la *soberanía parlamentaria* responde a concepciones anacrónicas y superadas hace más de 70 años...". Por otra parte, sigue diciendo Ollero, "puede haber razones respetables para considerar improcedente un referéndum, pero... entre ellas es difícil admitir la basada en que por la trascendencia y complejidad del asunto que se consulta es inapropiado que el pueblo se pronuncie, por carecer de nivel suficiente de conocimiento para ello. Es un argumento más que dudoso desde la óptica auténticamente democrática, y muy próximo a la del *despotismo ilustrado*".

Promesas

Imagino, a mi vez, las vociferaciones y sarcasmos de los *abstencionistas* en el caso de que el referéndum no se hubiera convocado. Se ha repetido demasiadas veces —y pocas con razón— que Felipe González no cumplía sus promesas. (Prometer 800.000 puestos de trabajo es *prometer un esfuerzo por conseguirlo*, que puede fracasar; prometer la convocatoria de un referéndum es cosa muy distinta, realizable e ineludible cuando el líder del PSOE ha cambiado sus puntos de vista respecto a la OTAN.)

Y aquí entra la clave de esa inconcebible postura abstencionista de Alianza Popular: su convicción —gratuita— de que, "a pesar de todo, vamos a permanecer en la OTAN". Yo no estaría tan seguro de ello como parece estarlo Fraga, y su *compañero de viaje* Óscar Alzaga, sin duda porque mira con mayor inquietud que aquél lo que puede ocurrir si el referéndum da un resultado negativo, ha tratado de tranquilizar su conciencia sacándose del bolsillo la peregrina teoría (jurídicamente insostenible) de que las abstenciones deberían ser computadas como *síes*. Es evidente que Fraga lo supedita todo a un *triunfo pírrico* en su pugna de partido, pese al riesgo propio —que se esfuerza en *no ver*—. La actitud de Fraga y sus seguidores me recuerda mucho la de aquellos inefables monárquicos de 1931, que por resentimiento hacia el rey votaron a favor de la República, convencidos de que sólo se trataba de "dar una lección" a don Alfonso, y se encontraron con que éste, mucho más demócrata que ellos, se atuvo al *resultado auténtico* de las elecciones del 12 de abril, pese a tener a mano una fácil interpretación del sufragio, que le brindaba la aparente *mayoría* monárquica. (Luego vino el llanto y el crujir de dientes, y al final, la elección del camino más antidemocrático posible para cargarse la República que ellos habían contribuido a traer.)

Y todavía queda la posición, más cauta pero también más cínica, de los sutiles líderes de Convergencia —sustancia del *reformismo nonato*—. Más cauta porque recomiendan el *sí*. Más cínica porque, al mismo tiempo, sostienen —lo ha hecho Pujol, lo ha repetido Roca— que, pase lo que pase, Felipe González "no nos sacará de la OTAN". Tendrían que explicarnos ambos señores el porqué de esta convicción, pues, desde luego, no es de recibo el argumento —simplemente encaminado a ofender al presidente— de que *éste ha hecho siempre lo contrario de lo que había dicho que iba a hacer*.

He tratado de exponer con ingenua claridad lo que me revela el cuadro de confusiones —y de pasiones— en medio del cual habrá de moverse, a la hora de la verdad, la *sensatez* hasta ahora demostrada por el ciudadano medio. Mi confianza sólo puede estar en la decisión que aquél tome. *Vox populi, vox Dei.*

Carlos Seco Serrano es historiador, miembro de la Real Academia de la Historia.

A la paz por el desarme

FAUSTINO CORDÓN

La lucha por la paz y el desarme puede desarrollarse con mayor eficacia desde fuera de la OTAN que desde dentro, según la opinión que expone el autor de este artículo, en el que, desde la mirada del científico, intentan buscarse razones que vayan más allá del pragmatismo de los políticos.

Mi dedicación muy absorbente a la biología me priva de competencia para el análisis de coyunturas políticas concretas, pero el carácter general de lo que se pone en cuestión en el próximo referéndum me faculta, en cierto modo, para opinar sobre él, y éticamente me inclino a hacerlo. Dos razones, que me parecen de peso y apremiantes, me inclinan decididamente contra nuestro ingreso en la OTAN.

La primera opera sobre mí como hombre y, en mi caso, como hombre libre de todo compromiso político. Es obvio que el desarrollo actual de la técnica hace que los hombres se relacionen e influyan intensamente y de muy diversos modos por encima de los Estados, y que, correspondientemente, el estallido de un conflicto podría determinar el exterminio humano en unas circunstancias de horror inimaginables. Conforme a la naturaleza humana, la ley del progreso es resolver, a toda escala, los conflictos en cooperación. Hoy, en que la contradicción latente, impuesta por el ciego curso de la historia, está planteada a escala mundial, esta ley obliga a luchar, a la misma escala, constantemente, tenazmente, por el desarme y por la paz. Sé que, en la coyuntura que nos ha tocado vivir, ésta es mi obligación personal, como lo sería si fuese norteamericano o soviético, o de cualquier otro país. Me parece que los españoles pueden laborar eficazmente (y el instinto de conservación impone comenzar a hacerlo de inmediato) a favor de esa pacificación inaplazable que nos exige el estado de fuerzas en tensión, procurando en toda ocasión que se resuelva en entendimiento la contradicción crónica que ha llegado a establecerse entre los dos bloques mundiales, sin duda, en contra de los intereses del uno y del otro. Esta labor, que compete a los hombres informados y de buena voluntad de todo el mundo, sería cumplida por los españoles, en la escena mundial, con un grado de eficacia incomparablemente mayor fuera que dentro de la OTAN, y no puede haber un objetivo que tenga prioridad sobre conseguir esta eficacia. Aparte de la conveniencia de aplicar todos nuestros recursos a fines productivos, una respuesta negativa al referéndum sería ya en sí un paso de incalculable valor hacia la distensión y, en mi sentir, una prueba de lucidez y de libertad de juicio de nuestro pueblo, no obstante estar incitado, educado, como toda la población mundial, a subordinar los intereses generales y de largo alcance a los particulares e inmediatos a expensas de la gestión racional de los asuntos humanos, con la consecuencia del hambre y del despilfarro de la capacidad creadora humana.

Esta primera razón es de algún modo matizada por otra que me parece sugerida por mi actividad profesional de investigador científico, que, en mi sentir, consiste en la pesquisa de lo que consideramos verdadero buscando la comprensión paulatina de la realidad como objetivo prioritario, superior, al pragmatismo a corto plazo, y orientador de éste. Al hombre de ciencia se le impone que el ambiente social en que se basa su trabajo, a saber, el proceso de la experiencia social, a su nivel de abstracción más alto, no está encarnado en ningún país ni grupo humano, sino que a su desarrollo han cooperado hombres de todas las épocas y países de un modo inextricablemente tejido, y, en consecuencia, los herederos y continuadores deben ser potencialmente todos los hombres. Por otra parte, el esfuerzo de los científicos genuinos, que persigue el conocimiento y no el provecho pragmático que éste implica, está sostenido por la convencida necesidad íntima de que el pensamiento científico provechoso que se vaya ganando terminará abriéndose paso hasta ser asimilado por el pensamiento general. La labor científica no se realiza con plenitud por el mero hecho de conocer algo, sino cuando el conocimiento es acogido por otros, muchas veces después de la propia muerte. Esta peculiaridad de la naturaleza humana se impone con especial claridad al científico y hace que viva por anticipado lo abominable de la posibilidad de que desaparezca la experiencia social que da sentido a todo esfuerzo humano. La contrapartida que nos ha hecho persistir en nuestra tarea es la seguridad de la fuerza lenta pero irresistible con que se impone el pensamiento racional capaz de subordinar la táctica a la estrategia, las verdades parciales a la teoría general; y, en este sentido, opino que, por encima de cualquier consideración inmediata, la influencia real que nuestro pueblo puede ejercer en el marco universal de los países está en incorporarse activamente a la distensión, a la corriente que opina y trabaja por la conducta racional que, si no hay un suicidio colectivo, ha de terminar imponiéndose: conseguir una situación de paz segura, en lo posible irreversible, mediante un desarme real, socialmente controlado.

Faustino Cordón es biólogo.